

XX

Aquella misma tarde, y al esconderse el sol entre dos altas montañas, un caballero joven, de hermosa y elegante presencia, pero de semblante marchito y triste, entraba en Egea siguiendo la alameda festoneada de verdor que, sirviendo de paseo, llegaba hasta el camino real.

Conducíale un caballo de alquiler, que sin duda había tomado en algún pueblo cercano, y el paso lento del pobre animal, que se hallaba bastante flaco, armonizaba con la fisonomía abatida y macilenta del que le regía.

Hallábanse sentados en uno de los bancos de la alameda casi todos nuestros conocidos. Clemencia y su marido habían ido á buscar á Avelina, según acostumbraban algunas tardes, para dar un paseo, y hablaban de los acontecimientos y de la venta del palacio, que con sorpresa de todo el pueblo había adquirido el padre Matías.

El héroe del día estaba sentado en otro banco del paseo, enfrente del que ocupaban el joven matrimonio y Avelina, y jugaba con los hijos de Esteban, que eran dos hermosos querubines rubios y rosados.

Algunas gentes del pueblo habían salido tam-

bién á paseo, y todos, al pasar por delante del padre Matías, se detenían y le decían algunas palabras que expresaban su sorpresa ó una maligna ironía.

Una de las primeras personas que salió al paseo fué la boticaria con sus hijas, y se detuvo como para saludar al anciano.

—¡Vaya, vaya! ¡Y qué oculto tenía usted que era rico, padre Matías!—dijo la boticaria.—¿Quién lo había de pensar? Ya no me admiro de que diera usted tanto á los pobres.

—Yo he dado á los pobres siempre mucho menos de lo que era mi deseo—repuso con sencillez el sacerdote.

—Pues, santo varón, aún podía usted haberles dado mucho más, según lo que hoy se ha visto—observó la boticaria.

Á este tiempo llegó también la escribana, que igualmente se detuvo.

—¡No se tiene usted que quejar de su amiga doña Several!—dijo dirigiéndose al padre Matías.

—Señora—prorrumpió el padre Matías,—no saben ustedes de la misa la mitad. Á pesar de mi calma, me canso ya de sus habladurías; y, por lo tanto, les aconsejo que sigan su paseo y me dejen en paz: lo que fuere sonará.

Las dos entremetidas se miraron, y encubriendo su confusión bajo una sonrisa maliciosa, se alejaron del padre Matías.

Palomo las despidió ladrando, y luego se echó

sobre la yerba para que los niños de Clemencia, sus amigos, jugasen con él.

—Allí viene uno á caballo—dijo Avelina, que miraba á la entrada de la alameda...—Yo creo conocerle...—Y sin esperar á que se acercase más, echó á correr al encuentro del que llegaba, y exclamó al acercarse:—¡Carlos!

Todos se levantaron; el viajero se apresuró á llegar al sitio donde estaba Avelina y se apeó al instante.

En un momento se vió rodeado de sus amigos.

Avelina, trémula de emoción y de alegría, tuvo necesidad de apoyarse, para no caer, en el brazo de su hermano, que la miraba con una cariñosa sonrisa.

—¡Y nosotros que no sabíamos dónde buscarle!—exclamó el padre Matías.—¡Ah!; Dios nos le envía.

—Mañana salgo de nuevo para no volver jamás—dijo Montereal:—voy á pasar á América y á reconquistar trabajando, si me es posible, la fortuna que tan locamente he disipado.

—Ya hablaremos de eso—observó el padre Matías.—Ahora vamos todos á acompañar á usted á su casa.

—Mi casa aquí es la posada—repuso Carlos.—Ninguna otra me queda, aunque no me perdonaré en mi vida el no haber conservado la que edificó mi pobre madre. ¡Ah, amigos míos! ¡Qué triste debió ser su muerte! Yo estaba lejos de ella,

y sólo tuvo personas extrañas para cerrar sus ojos. Pero no hablemos más de esto: ¿ha comprado nuestro palacio alguna persona de este pueblo?

—Sí—respondió el padre Matías.

—¿Y tendría la bondad de permitirme entrar en él por la última vez? Quisiera darle el postrer adiós.

—¿Qué dices, Avelina?—preguntó Esteban mirando á su hermana.

—Digo—respondió ésta,—que podemos ahora mismo ir á él y dejar instalado al señor de Montereal, retirándonos nosotros para que descanse.

—¡Cómo! ¿Pues de quién es ahora mi antigua casa?—preguntó Carlos.

—De Avelina—respondió Clemencia:—ella la ha comprado esta mañana.

—¡Ella!—repitió Montereal.

—Ella, para cedérsela á usted—dijo la joven, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas;—ella, que ha querido reservarle esa pacífica morada; ella, que ahora dice á usted que no necesita expatriarse, porque puede vivir aquí modesta, pero felizmente. Y si usted quiere recoger los restos de una gran fortuna que, por diseminados que estén, aún bastarán á proporcionarle algún recurso; si prefiere volver al bullicio de las populosas ciudades, hágalo y váyase tranquilo, en la seguridad de que aquí le queda un asilo para los días de su vejez.

Carlos permaneció algunos instantes sin movi-

miento, y semejante á la estatua del asombro; después quiso hablar, pero de sus labios no salió ningún sonido; por último, tomó la mano de Avelina, la estrechó con respeto y le dijo con voz ahogada por la emoción:

—Contestaré á esas nobles palabras en la casa que fué de mi madre.

Y pasando por su mano las bridas del caballo, tomó el camino del blanco palacio, que se alzaba como una nevada paloma entre la verdura del valle.

Todos le siguieron: entraron en el suntuoso edificio, á cuya puerta se hallaba el conserje, y llegaron al salón principal.

El conserje condujo á la cuadra al desfallecido caballo, dándole más avena de la que en su vida había visto.

—Avelina—dijo Carlos así que todos se hubieron sentado:—yo venía aquí con el objeto de dar un adiós á los lugares que amaba y de despedirme también de ti... No quería ir á América... Quería matarme... aquí..., al lado de esta casa que fué mía, y en la que tantas veces he pensado en ti... Pero ahora..., lo confieso: he vuelto á verte, y la muerte me espanta.

—¿Morir? ¡Aquí están la paz, el amor, la felicidad, porque aquí está Avelina!—exclamó el padre Matías.—¡Eh!; no se hable más de semejantes disparates. Dentro de quince días os casaré. Entretanto, quédate en el palacio, mi querido

hijo; ésta es tu casa, porque es ahora propiedad de la que va á ser tu esposa. Reune tus papeles, haz tu plan de vida, procura recobrar lo que puedas de tu fortuna perdida, y piensa ya en ser hombre honrado, esposo ejemplar y padre feliz.

XXI

Seis meses después, Avelina salía por la primera vez de la villa en que había nacido, é iba á Madrid con su esposo y con el padre Matías, del que ni uno ni otro quisieron separarse.

Carlos de Montreal logró reunir un modesto capital, que hizo prosperar con su actividad y práctica de mundo, y que le proporcionó una existencia cómoda y desahogada; siempre fué un excelente esposo para Avelina, á la que llamaba su *ángel bueno*, y con la que vivía los veranos en el palacio de Egea y los inviernos en su casa de Madrid.

Irene, la pobre idólatra del becerro de oro, murió joven y casi miserable, sin que la llorase nadie más que su prima, que no la abandonó en su última enfermedad.

FIN



